

constitución. La ley garantizaba la seguridad individual, pero por algunos "mil-reis" se mandaba matar impunemente. La independencia de la justicia estaba teóricamente asegurada en la constitución, pero lo mismo que la justicia, la administración se transformó en un instrumento de los grandes propietarios. Fueron abolidas las torturas, pero en las "senzalas" se siguieron usando los troncos, los angelitos, los azotes, las garganillas y el señor decidía la vida y la muerte de sus esclavos. Se reconocía el derecho de que todos podían ser admitidos en cargos públicos con el único requisito de sus talentos y virtudes, pero el criterio de la amistad y del compadrazgo, típico del sistema del clientelismo, prevalecería en el nombramiento de los cargos burocráticos.

La élite de los letrados, representando a las categorías socialmente dominantes, sería el portavoz de una ideología liberal que enmascaraba las condiciones del sistema.

La emancipación política realizada por las clases dominantes interesadas en asegurar la preservación del orden establecido, y cuyo único objetivo era combatir al sistema colonial en cuanto a la restricción a la libertad de comercio y la autonomía administrativa, no pasaría los límites definidos por aquellos grupos. El orden económico tradicional fue preservado y se mantuvo la esclavitud. La nación independiente continuaría en la dependencia de una estructura colonial de producción pasando del dominio portugués a la tutela británica.

La fachada liberal construida por la élite europeizada, ocultaba la miseria, la esclavitud en que vivía la mayoría de los habitantes del país. Conquistar la emancipación definitiva y real de la nación, ampliar el significado de los principios constitucionales, fue una tarea relegada a otros.

II. José Bonifácio: mito e historia*

La mayoría de los estudios sobre la emancipación política de Brasil dieron una gran importancia al desempeño político de José Bonifácio. Este personaje aparece, junto con don Pedro, como el principal responsable de los hechos que culminaron en la separación definitiva de Portugal. Se le atribuye la consolidación de la independencia y el mantenimiento de la unidad nacional. Personaje histórico y héroe nacional, hombre y mito, aparece como figura sobresaliente en los libros didácticos y es homenajeado en festividades cívicas. Poca repercusión tuvieron las versiones que trataron de restarle prestigio, al considerar la independencia como resultado de la voluntad del pueblo, al señalarlo como uno entre muchos o tratar de dar valor a otros personajes igualmente involucrados en los acontecimientos, tales como Gonçalves Ledo, Clemente Pereira.¹

Cerca de siglo y medio nos separan de lo sucedido y existe actualmente una enorme bibliografía sobre el asunto. En la bibliografía andradina (originaria de Andrade Pinto R. J.) hay desde panegíricos hasta panfletos escritos con el objetivo de desacreditarlo, composiciones laudatorias y libelos inflamantes, discursos conmemorativos, elogios históricos y estudios bien documentados. Al pretender un análisis del proceso de la independencia o el estudio biográfico de José Bonifácio,² los historiadores han descrito los acontecimientos en versiones que a veces coinciden y otras son contradictorias. La imagen de

* Este trabajo se desarrolló a partir de una conferencia dictada en 1963 en el Museo Paulista, con motivo del segundo centenario del nacimiento de José Bonifácio. Inicialmente fue publicado en los *Anais do Museu Paulista*, núm. XXI, São Paulo, 1967.

¹ Sobre la diversidad de perspectivas históricas véase Adam Schaff, "Pourquoi recit-t-on l'histoire", en *Diogenes*, abril-junio de 1960.

² Bibliografía de José Bonifácio en *Bol. Cam. Dep. Brasília*, núm. 1, enero-junio de 1963, pp. 170-215.

San Joao Marcos, San Gonçalo, Itapocara, Jacutinga, Pindamonhangaba, vizconde de Macaé, conde de Rio Pardo y los marqueses de Taubaté, Cantagalo, Quixeramobim y Jacarepaguá.⁵¹

La mayoría eran hombres de más de 50 años; algunos de origen portugués. La mayor parte había realizado sus estudios en la metrópoli. Entre ellos estaban ligados por lazos familiares. Muchos habían ocupado posiciones en calidad de funcionarios de la corona y cargos de importancia política y administrativa; al formar parte del Consejo de Estado constituyeron una verdadera oligarquía. Lo mismo ocurrió en el Senado y en la Cámara de Diputados; ejercieron también funciones de presidentes de provincia y de ministros de Estado. Conscientes de la distancia que los separaba de la mayoría de la población, se empeñaban en mantener el orden y en limitar las tendencias democráticas. Estaban interesados en la permanencia de la estructura tradicional de producción basada en la gran propiedad, la esclavitud y la exportación de productos tropicales. Firmarían sin dudar la carta dirigida a los señores electores de la provincia de Minas Gerais, en la cual el autor (Bernardo de Vasconcelos), en crítica para quienes pretendían estimular el desarrollo de la industria en Brasil, afirmaba que la economía del país debería continuar basada en la agricultura, ya que era imposible competir con las industrias extranjeras.

Con la independencia habían alcanzado el principal objetivo que se proponían: liberar al país de las restricciones impuestas por el estatuto colonial, asegurar la libertad de comercio y garantizar la autonomía administrativa. La organización del país independiente reflejaría las ansiedades de los grupos que asumieron el poder en el primer imperio. Del gobierno fueron excluidas las capas populares, en tanto no se les concedió calidad de ciudadanos a esclavos e indios; se adoptó incluso un sistema de elección indirecta, mediante el cual se reclutó a los votantes de acuerdo con criterios censuales.

La concentración del poder en las manos de esta minoría que disputaría al emperador el privilegio de dirigir la nación, llevándolo a la abdicación en 1831, explica la sobrevivencia de las estructuras tradicionales de producción y de las formas de control político caracteri-

⁵¹ Barón de Vasconcelos y barón Smith de Vasconcelos, *Arquivo Nobiliárquico*, Lausane, La Concorde, 1968.

zadas por la manipulación del poder local por parte de los grandes propietarios y por la marginación y apatía de la mayoría de la población.

Saint-Hilaire había percibido, después de recorrer varias regiones en la época de la independencia, que el nuevo estado de las cosas no traería grandes ventajas para la mayoría de la población brasileña. En abril de 1822, al referirse a los hechos políticos que tuvieron lugar después del regreso de don Joao VI a Portugal y la creación de las Juntas Gubernamentales, poco antes de la proclamación formal de la independencia, observaba: "El pueblo no ganó nada con el cambio operado." Al comparar lo que estaba sucediendo en Brasil y lo ocurrido en Francia comentaba:

La mayoría de los franceses lucró con la revolución, la cual suprimió privilegios y derechos detentados por una casta favorecida. Aquí ninguna ley consagraba la desigualdad (argumento que evidentemente era una exageración de Saint-Hilaire), todos los abusos eran resultado de los intereses y de los caprichos de los hombres poderosos y de los funcionarios. Sin embargo, son estos hombres los que en Brasil fueron los líderes de la revolución. Se preocupaban tan sólo en disminuir el poder del rey y en aumentar el propio, sin pensar en las clases inferiores.⁵²

Entre el cuerpo jurídico liberal importado de Europa, sobre el que se levantó el Estado independiente, y la práctica social había una enorme distancia, observada fácilmente por los viajeros de la época que recorrían Brasil, quienes se espantaban ante la falta de correspondencia entre la legislación y la realidad que la violaba a cada paso. La constitución afirmaba la igualdad de todos ante la ley y la garantía de la libertad individual, sin embargo la mayoría de la población permanecía esclavizada, y no eran definidos en términos jurídicos como ciudadanos. La constitución garantizaba el derecho a la propiedad, pero 95 por ciento de la población rural que no encajaban en la categoría de esclavos estaba compuesta por "moradores" viviendo en tierras ajenas, sin ningún derecho a ellas. La constitución aseguraba la libertad de pensamiento y expresión, pero no fueron pocos los que pagaron con la vida este derecho que teóricamente les garantizaba la

⁵² Auguste de Saint-Hilaire, *Segunda viagem do Rio de Janeiro a Minas Geraes e a São Paulo (1822)*, Sao Paulo, Brasiliense, 2a. ed., 1938, vol. 5, p. 180.

do, sociedad secreta que agrupaba figuras de proyección y relieve de la sociedad, trataba de poner en práctica el principio que orientaba el juramento que los unía: "Buscar la integridad, independencia y felicidad de Brasil como imperio constitucional, oponiéndose al despotismo que lo altera y a la anarquía que lo disuelve."⁵⁰

En la loggia Grande Oriente, el grupo de Ledo, Januário da Cunha Barbosa y Alves Branco asumía el control de la situación, haciendo a don Pedro gran maestro. Sin embargo, la tienda fue cerrada poco tiempo después. El gobierno de la nación quedaba en las manos de un grupo de élite: hacendados, comerciantes, personas que ocupaban altos puestos administrativos y gubernamentales. Se destacaba entre ellos Manuel Jacinto Nogueira da Gama, después marqués de Baependi, quien había sido lector de la Real Academia de Marinha de Lisboa (1791-1801), inspector de las niteras y fábricas de pólvora de Minas, mariscal de campo y consejero de Estado, diputado de la Constituyente en 1823, senador por Minas Gerais en 1826, presidente del Senado y ministro de Hacienda; Estevão de Rezende, de familia acomodada en Minas, se casó con la hija de un rico hidalgo portugués radicado en Sao Paulo; el brigadier Luiz Antonio de Souza, graduado en derecho en la Universidad de Coimbra, siguió la magistratura y fue *juiz de fora* en Portugal. Entró a la Corte en 1810, ejerció en Sao Paulo ese cargo, fue procurador de Difuntos y Ausentes. En 1816 fue nombrado fiscal de los diamantes en Serro Frio, Minas Gerais. Ocupó el lugar de desembargador de la Relación de Bahía, de la Casa de Suplicación en 1818 y de Paço en 1824. En 1823 fue electo diputado en la Constituyente por Minas Gerais. Fue también diputado y ministro del imperio, senador por Minas Gerais y presidente del Senado, además de consejero honorario desde 1827. Otra figura importante era Joaquim José Pereira do Faro, portugués, negociante, miembro de la Junta Administrativa de la Caja de Amortización, coronel reformado, hidalgo, caballero de la Casa Imperial, caballero de la Orden de Cristo, barón del Río Bonito por decreto del 6 de octubre de 1841. Su hijo, segundo barón de Río Branco, fue negociante, hacendado, propietario de alta categoría. El nieto fue hacendado importante y su hija baronesa de San Clemente.

⁵⁰ Véase capítulo II de este volumen.

Otro miembro del Apostolado representante de las clases acomodadas era Belarmino Ricardo de Siqueira, hecho barón de San Gongalo en 1849. Hacendado e inversionista, fue diputado provincial por Río de Janeiro, comandante superior de la guardia nacional de Niterói y presidente del Banco Rural Hipotecario.

Todavía más importante fue la actuación de José Egídio Alvares de Almeida, quien fuera más tarde barón y marqués de Santo Amaro. Nació en Bahía (1767), era hijo de un hidalgo caballero de la casa real y capitán mayor de la orden de Bahía. Fue secretario del gabinete de don Joao VI, quien lo nombró en 1818 consejero del Erario Regio y del Consejo de Hacienda. En 1823 ingresó a la Asamblea Constituyente como diputado por la provincia de Río de Janeiro. Fue embajador en Londres y Consejero en París. Además de estas funciones fue senador y ocupó la presidencia del Senado.

Otro miembro ilustre del Apostolado fue Maciel da Costa, posteriormente vizconde con grandeza y marqués de Queluz. Nació en 1763, en Mariana, Minas Gerais; hijo del coronel Domingos Alves de Oliveira Maciel. Se graduó en Coimbra y fue desembargador del Paço en Río de Janeiro; de 1809 a 1810 ocupó el cargo de gobernador de la Guyana Francesa. Acompañó a don Joao VI a Portugal; a su regreso a Brasil en 1823 fue electo diputado a la Asamblea Constituyente por parte de Minas Gerais. Ocupó dos veces el cargo de ministro, fue senador por la provincia de Paraíba, formó parte del Consejo de Estado y ocupó el cargo de presidente de la provincia de Bahía. Se casó con un miembro de la familia Werneck, hacendados radicados en Vassouras, región cafetalera de la provincia de Río de Janeiro.

Sin embargo, Joaquim Carneiro de Campos, marqués de Caravelas, fue el político de mayor relevancia. Nació en Bahía (1768); hijo de un negociante bahiano, se graduó en teología y derecho en la Universidad de Coimbra. Fue preceptor de los hijos del conde de Linhares y ministro de don Joao VI. Llegó a Brasil en 1807, donde fue nombrado oficial mayor del secretario de los Negocios del reino. En 1818, formó parte del Consejo de don Joao VI. Después de la independencia fue electo diputado a la Asamblea Constituyente y candidato a ministro de Estado en varias ocasiones. Formó parte del Consejo de Estado. Después ocupó el cargo de regente del imperio, después de abdicar don Pedro.

A estos personajes se suma Clemente Ferreira Franca, vizconde con grandeza y marqués de Nazareth, e incluso los futuros barones de

El clima de Europa no era de los más favorables para los movimientos revolucionarios. Desde el Congreso de Viena, las grandes potencias reunidas en la Santa Alianza se comprometieron a repeler todas las revoluciones que surgieran en Europa y en América. Sin embargo, José Bonifácio pensaba contar con la neutralidad del líder de la Santa Alianza, con Austria. Confiaba en la intervención de la princesa Leopoldina, hija del emperador de Austria y esposa del príncipe Pedro, quien había manifestado su simpatía por el movimiento de independencia. Confiando en la actuación de la princesa, José Bonifácio le hacía el juego al embajador austriaco, tranquilizándolo sobre el futuro de la monarquía en Brasil; al mismo tiempo lo asustaba al señalar la posibilidad de que se formara una liga de países americanos. No era un simple juego diplomático. Realmente José Bonifácio daba mucha importancia a la alianza con países latinoamericanos. En una instrucción dada a Antonio Manuel Correia da Camara, cónsul brasileño en Buenos Aires, le recomendaba que mostrara las ventajas incalculables que podrían resultar de la formación de una confederación o de la promulgación de un tratado defensivo que permitiera a Argentina y Brasil, aliados a otros países de la América española, oponerse a los vaivenes de la política europea. Con la misma intención envió una carta a Rivadavia llamando a todos los pueblos de América a unirse contra las pretensiones de Europa. No menos valiente era el lenguaje que usaba con el enviado inglés, a quien aseguró que Brasil deseaba vivir en paz con todas las naciones extranjeras pero que jamás consentiría que interfiriesen en los asuntos internos del país.

Las noticias que llegaban a Portugal sobre los acontecimientos en Brasil hicieron que las Cortes tomaran medidas extremas. En los últimos días de agosto de 1822 llegaron a Brasil noticias de las últimas decisiones de las Cortes, las cuales limitaban las funciones del príncipe a las de un delegado temporal de las mismas, con secretarios de Estado nombrados en Lisboa, limitaban su autoridad a las provincias donde de hecho ejercía, anulaban la convocatoria del Consejo de Procuradores y mandaban procesar a quienes hubieran actuado contra la política de la Cortes.

Durante la presidencia de la princesa Leopoldina, el Consejo de Estado, reunido durante la ausencia de don Pedro, quien se encontraba de viaje en Sao Paulo, supo de las órdenes provenientes de Portugal con el propósito de enviar tropas a Brasil y de las afirmaciones

ofensivas al príncipe. José Bonifácio escribió al príncipe: "Ha sido lanzado el dardo y de Portugal sólo podemos esperar esclavitud y horrores. Venga V.A. lo más pronto posible y decidase, porque irresoluciones y medidas de agua tibia [...], para nada sirven y un momento perdido es una desgracia."⁴⁸

Hacia ya algún tiempo el ministro percibía que una monarquía dual, alentada cariñosamente, era imposible. Al fin se había convencido de su inviabilidad. Ante las disposiciones agresivas de las Cortes sólo quedaba proclamar el rompimiento con Portugal. Para don Pedro había únicamente dos opciones: obedecer a las Cortes y regresar degradado a Portugal o romper con ellas definitivamente mediante la proclamación de la independencia. El príncipe prefirió la segunda solución. Al conocer las últimas noticias, el 7 de septiembre en São Paulo proclamó oficialmente la independencia de Brasil.

Proclamada la independencia, el gobierno portugués trató en vano de retomar las negociaciones a fin de establecer la situación anterior. Poco le sirvieron las consultas hechas, en varias Cortes europeas, con el objetivo de conseguir simpatía y apoyo para su causa. La posición del gobierno inglés fue definitiva al forzar a Portugal a aceptar el hecho como consumado. Desde las primeras entrevistas del conde Vila Real, emisario portugués, con Canning, el ministro inglés dejó claro que el gobierno británico vería con poca simpatía cualquier intento de intervención colectiva de las potencias de Europa en las colonias americanas. Alguna medida en este sentido bastaría para inducir a su majestad británica a reconocer inmediatamente la independencia de las colonias. La actitud decidida de Inglaterra inhibiría cualquier intento de Portugal para usar el esquema montado por la Santa Alianza para recuperar su colonia.⁴⁹

La élite en el poder

Después de la independencia, la diferencia entre grupos radicales y conservadores se volvió más evidente. José Bonifácio, en el Apostoia-

⁴⁸ Arquivo Nacional do Rio de Janeiro, caja 295.

⁴⁹ Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro, Documentos históricos para o estudo da Independência, Lisboa-Rio de Janeiro, 1923, vol. I, pp. 85 y 89.